

UN CUADRO EN EL CORAZÓN de Fátima S.H

-No se vende. –le dije al hombre. Sólo es para enseñar.

-Lástima, con lo bonito que es. En fin, si cambia de opinión aquí tiene mi tarjeta.

En los cincuenta años de vida que había tenido pocas veces había cambiado de opinión. Acepté la tarjeta y cuando al fin la galería estuvo vacía miré fijamente aquel cuadro, un cuadro que tenía grabado en el corazón.

Se trataba de un ángel rubio, alto y de unos ojos azules. Pero esos ojos eran gélidos. Todo en él era hermosura excepto esa mirada que te decía que sería capaz de hacer cualquier cosa por conseguir sus objetivos, aunque eso implicara dañar a otras personas.

En esa mirada había un brillo que era similar al de un cazador que observaba para lanzarse a su presa en cuanto tuviera la oportunidad. Eso fue lo que él hizo conmigo, y desde entonces tenía grabada esa imagen en mi memoria y en mi corazón.

Estaba bañado en sombras porque un monstruo no se merecía que la luz le alegrara, y él era un monstruo, y de los peores. Iba vestido con traje y corbata gris. Todo era hermoso excepto su mirada.

Tenía muchos cuadros de esa misma persona, similares pero no iguales. Era la misma persona, pero en cada cuadro destacaba un rasgo al que hacía terrorífico en comparación con los demás que eran totalmente normales. Era mi colección privada. Lo que buscaba era sacarme aquel recuerdo. Habían pasado bastantes años, y sin embargo mis manos parecían haberse resignado a dibujarlo una y otra vez, a darle el poder de que estuviera en mi mente y la destruyera, igual que destruyó a mi familia porque no fui capaz de volver a confiar en mis padres.

Ellos habían decidido hacer la vista gorda porque sería un escándalo que yo, Candela, con catorce años hubiera sido violada por su propio tío. Era otra época, pero eso no lo justificaba. Sólo fue una vez. Eso bastó para convertirme en una persona solitaria obsesionada por dibujarlo, por hacer salir a ese monstruo de su cueva. Por hacer que se acercara a mi galería, viera el cuadro y entonces... Entonces lo enfrentaría.

No necesitaba pruebas que por otro lado no tenía, ni siquiera que entrara en prisión. Tan sólo decirle que ya no me afectaba y que de llegar a intentarlo otra vez no se volvería a salir con la suya, porque esta vez estaba preparada para plantarle cara.

Había estado esperándole años. No apareció. Seguía pintando lo mismo excepto cuando tenía que vender. Entonces pintaba conceptos que para mí eran vacíos con colores que para mí no expresaban nada. Y a la gente le parecía bien, pues la mayoría no quería arte, tan sólo algo que quedara bonito con el sofá. Cómo me habría gustado que alguien me reclamara, que me preguntara que era aquella aberración. Como la mayoría de mis deseos no se había cumplido.

Entonces a mis cincuenta y cinco años pasó. Él me había buscado y había ido a mi galería. Vió el cuadro y ni siquiera fue capaz de mirarlo durante mucho tiempo el muy cobarde. Había fingido no darme cuenta. Ahora era yo la que le observaba, la que buscaba un resquicio para colarme y envenenarlo lentamente. No hizo falta por suerte. Me ahorré convertirme en lo que no quería ser.

Me pidió perdón. Tenía cáncer. Se estaba muriendo y me di cuenta de que me daba igual. Que me perdonaba a mí misma por haber despreciado mi cuerpo durante años, por haber querido ocultar mis formas femeninas, por rechazar ir a fiestas y vivir mi juventud, ya que tenía miedo de que me volviera a pasar. A él no, a él no le perdonaría, por lo menos no mientras estuviera vivo. No me daba la gana que se fuera al otro lado con la conciencia tranquila.

Lo conseguí. Durante sus últimos seis meses de vida estuvo enviándome cartas, paquetes, mandándome a familiares de los que me había distanciado y que intentaban convencerme de que estaba siendo una mala persona, a pesar de que lo sabían todo y en su momento no habían hecho nada más que decirme que me callara y que aguantara porque nuestra reputación estaba en juego. Nada funcionó, sabía que lo hacía porque se estaba muriendo que si no ni me habría recordado el muy cabrón.

Al fin expiró, y cuando me avisaron intentando blandir la espada del remordimiento para clavármela en las entrañas la esquivé. En su funeral solicité estar a solas con él. Me dejaron hacer pensando que lloraría. Cuanto se equivocaban. En vez de eso dije:

-Ahora sí te perdono, pero jamás podrás descansar en paz porque nunca oíste esas palabras salir de mi boca. A los monstruos no hay que perdonarlos, sino vencerlos y yo por fin lo he hecho. Disfruta tu derrota por toda la eternidad en el infierno, que seguro que acabas allí.

Me di la vuelta sin mirar atrás y por fin me sentí preparada para contar la historia del hombre que me violó, y de aquellos que no hicieron nada para vengarme. Y lo más

importante, pude dibujar mucho más que un monstruo, pude dibujar un halo de luz en mi vida y cuando todo aquello pasó llamé al hombre.

-Estoy lista para vender. ¿Aún sigue interesado?

Me dijo que sí.